

DE PASO

PREMIO NACIONAL DE CUENTO

«JUAN VICENTE MELO»

2010

DE PASO

por

Tayde Bautista



GOBIERNO MUNICIPAL
DE BOCA DEL RÍO



DIRECCIÓN DE
EDUCACIÓN Y CULTURA

*F*ICTICIA

MÉXICO

2010

De lo que sucedió en algunos vestíbulos de hotel y otras cosas ganó el Premio Nacional de Cuento «Juan Vicente Melo» 2010, convocado por el Municipio de Boca del Río, Veracruz, y Ficticia Editorial. El jurado estuvo conformado por Javier García-Galiano, David Miklos y Marcial Fernández. Título comercial: De paso

DE PASO

D.R. © Tayde Bautista

D.R. © Municipio de Boca del Río, Veracruz

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

D.R. © Foto de portada: Taylor Ross

POR EL GOBIERNO MUNICIPAL DE BOCA DEL RÍO 2008-2010

Lic. Miguel Ángel Yunez Márquez

Presidente Municipal

Lic. Guillermo Moreno Chazzarini

Sindico Único

Lic. Cecilia Varela Thomas

Directora de Educación y Cultura

Mtro. Daniel Domínguez Cuenca

Subdirector de Educación y Cultura

Adriana Hernández Arellano

Jefa de Cultura

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño de la portada: Armando Hatzacorsian

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Cuidado editorial y foto de portada: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Lucía Deblock

Asesora Operativa del Premio

Sierra Fría 220

Col. Lomas de Chapultepec

Del. Miguel Hidalgo

11000, MÉXICO DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Edición: Noviembre de 2010

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-607-7693-30-7

Impreso y hecho en México

Para José y Tayde,
por su amor incondicional.

HOTEL ALCO CER

Una rana de plástico, gorda y verde, estaba colocada sobre el piano principal del *lobby*. Sus ojos parpadeaban cada vez que el pianista tocaba una pieza.

—Él cree que es pianista, pero yo sé la verdadera historia —me dijo el cantinero refiriéndose al músico.

No respondí. Le di un trago a mi vodka tonic. ¿Por qué pensó que me importaría la historia del pianista? Quería estar tranquila y tan sólo ver el lugar.

—Su madre le dijo que no servía para la música y desde entonces toca aquí, porque en la mañana trabaja en la Comisión Federal de Electricidad —volvió a decir el cantinero.

Me sentí extraña con la minifalda que llevaba puesta. Fue la primera vez que me atreví a vestir de manera provocativa y salir a la calle, pero lo había deseado desde mucho tiempo atrás. Hubo veces en que me detuve ante los escaparates de las tiendas, imaginando cómo luciría con la ropa expuesta. Ella no me permitía usar ropa indecorosa.

La novedad del *lobby* del hotel Alcocer era la música en vivo. Me tardé una semana para decidirme a entrar. Una y otra vez me arrepentí. Al último momento me volví para sentarme en la banca de un parque desde donde miraba uno de los balcones e imaginaba la decoración y ambiente del sitio. Finalmente entré al bar y me detuve en la barra.

Estar dentro del vestíbulo e imaginarlo fue una cuestión distinta. La rana no me gustó, el lugar estaba sucio y parecía abandonado. Los sillones eran de piel negra y las mesas chaparras. Las personas lucían incómodas hundidas en los sofás; apenas si alcanzaban los tragos de la mesa; tenían que desprenderse un poco del asiento, alargar el brazo para coger el trago y acomodarse de nuevo. La alfombra, color vino. Las luces tenues ayudaban a esconder la fealdad del sitio; con otras luces el lugar se hubiera visto deprimente.

Una corista se contoneaba junto al pianista, que era alto, flaco y de rostro marcado; parecía con poco ánimo. Ella tenía el cabello teñido de rubio, vestido negro pegado al cuerpo y los labios pintados de rojo; entonaba una de las canciones de Daniela Romo: “Yo no te pido la luna...”.

¿Cómo me vería vestida así?, pensé. No me habrían dejado entrar a la oficina. Revisé mentalmente mi vestuario: faldas largas, pantalones oscuros y blusas abotonadas hasta el cuello.

Nunca imaginé que el cantinero fuera tan hablador, me gustaba más la idea de un tipo adulto y cansado de la vida, como en las películas, pero a éste no le paraba la boca. Junto a mí, un tipo veía un partido de béisbol en un televisor. En una de las butacas del rincón una pareja se besaba.

Eran las diez de la noche y había pocas personas. Enfrente se encontraban dos mujeres. Una de ellas tenía cerca de sesenta años: pelirroja y blanca. La otra era muy pequeña y lucía más joven pero pasaba desapercibida junto a su compañera; me costó trabajo calcular su edad; me agradó su vestido verde y zapatos del mismo color. Percibí aburrimiento en su rostro.

La pelirroja me miraba fijamente. Me estremecí, le di un trago a mi vodka. Me llamó con la mano y me volví hacia el televisor. Hacía calor, llevaba medias y sentí mojada la

entrepierna. El señor del béisbol se fue pronto. El cantinero me sonrió socarronamente. Supe que la mujer me observaba; traté de bajarme la minifalda discretamente. No me gustan las mujeres, pero me agradó que me mirara. También me dio un poco de miedo.

Mientras seguía bebiendo el vodka, se me ocurrió que si me insinuaba al cantinero, me llevaría con él. Pensé que si me acercaba a esas mujeres, algo podría suceder. ¿Me arrepentiría? Nunca llegué tan lejos; ansiaba hacerlo.

—¿Te sirvo otra?, estamos por cerrar —dijo el cantinero.

—Sí —contesté.

Estaba mareada. Sentí que no era conveniente seguir bebiendo, pero no sabía qué hacer. ¿Me voy con ellas? No, no me gustan, resolví.

—Laura te está mirando —mencionó el cantinero.

Se refería a la pelirroja. Él me miró los senos y me excitó. No me puse sostén, tal vez si estuviera en otro sitio habría sentido vergüenza. Ahí era una desconocida; lo pasé por alto. Me imaginé en un cuarto rojo con las mujeres: las cortinas, la cama y la alfombra eran del mismo color.

No me hubiera gustado que me besaran, tampoco que me acariciaran la pierna. Me provocaban aversión. ¿Qué esperarían de mí? Me volví hacia la barra; ya no había nadie. La pareja partió. El televisor estaba apagado.

Al rato, las dos mujeres se sentaron a mi lado. Nos encontramos el cantinero, ellas y yo. Algunos meseros recogían los últimos vasos. Las luces de la barra permanecieron prendidas e iluminaron las botellas. Era tarde para bajarme la falda; sin embargo, lo intenté. Me sentí ridícula.

—¿Por qué tan sola? —preguntó la pelirroja.

No contesté, di un trago al vaso. Ella sonrió, tenía los dientes chuecos, se acercó a mi oído y me alejé. La otra mujer rió.

—¿De qué te ríes? —pregunté.

—De ti —contestó.

—¿Soy graciosa?

—Sí —dijo.

Bebí otro trago.

—¿Me das? —preguntó.

—No.

Su amiga, la mujer insignificante vestida de verde, colocó una mano sobre mi pierna.

—No —repetí.

Quitó su mano. Me pensé una mojjigata.

Estábamos borrachas. Tal vez yo más que ellas. Me imaginé con esas mujeres en la cama; podría ser una pesadilla. Nunca había besado siquiera a una mujer. Llegó el pianista, se acercó a la barra y el cantinero le extendió una cerveza.

De cerca se veía más viejo pero menos triste; la rana y la corista lo hacían verse así. De otra forma era un hombre alto, demacrado, que llevaba corbata y lo podía encontrar en la calle a cualquier hora del día.

—Cuéntale de ti —le dijo el cantinero.

—¿Qué le tengo qué contar?

—De tu carrera musical —inquirió aquél.

—A nadie le interesa —me sonrió—. Salud.

Pensé en pedir un vaso de agua mineral. Me dio vergüenza. No quise perder la compostura, ni debía seguir bebiendo.

—¿Otra? —preguntó el cantinero.

—Así está bien —respondí.

Laura rió y me ofendí un poco. Creo que se burló de mí, pero lo preferí a que intentara meterme la mano. De pronto todos estábamos sentados alrededor de la barra.

—¿Les gustó la música? —preguntó el pianista.

—¿Por qué siempre preguntas lo mismo? —contestó el cantinero.

El pianista se encogió de hombros.

—Por conversar. Me gusta hacerlo. Además, hoy tenemos una invitada.

Ellas rieron al unísono.

Brindamos.

—¿Vieron a la pareja en la esquina? No dejaron de besarse —comentó Laura.

Nadie respondió. Ellos sonrieron. Parecía como si un aire de complicidad se hubiera extendido. El cantinero lavó los últimos vasos y acomodó las cosas.

—Hoy me esperan temprano —dijo Luis, el cantinero.

—¿Quién? —preguntó Laura.

—Ella regresó anoche —contestó Luis.

Laura sonrió y me miró. Me sentí un poco herida; creí que de sólo insinuármele, él vendría conmigo. Disimulé mi contrariedad.

—Historias de desamor —dijo ella—. ¿Tú también tienes alguna?

—No —respondí.

Se hizo un silencio. Me sentí bien. No estaba obligada a contestar.

—¿Vienes con nosotras? —me preguntó la pelirroja.

—¿Adónde?

—A algún sitio.

Miré la boca y los dientes de la mujer. Sentí asco.

—No, gracias.

—¿Me sirves otra, Luis? —pidió la pelirroja al cantinero.

—Es tarde, me gustaría irme a casa —replicó éste.

—Vamos, sólo es otra. Quiero una ronda para todos, yo invito —dijo animada.

—No puedes —atacó la mujer de verde.

—¿Por qué no, Rebeca? —preguntó la pelirroja.

—Sabes que no puedes —volvió a decir Rebeca.

—Aguafiestas.

—Salud —dijo Ramiro, el pianista—. Por la música.

Brindamos. Ellas rieron. No entendí qué les parecía tan gracioso.

—Cuéntame, ¿cómo es que ella regresó? —preguntó Laura al cantinero.

—Así nada más. Me pidió perdón —dijo Luis.

—No debiste perdonarla —replicó Laura.

—La necesito, lo sabes bien. No podía hacer otra cosa —protestó éste.

—Qué débil eres —contestó Laura.

—Si fuera tú, callaría —replicó el pianista.

—Mira quién habla, vives con tu madre, no sabes de necesidades —interrumpió Rebeca, la chica de verde. Quería decir algo, pero me acobardé.

—Pago la renta, la luz, el teléfono —protestó Ramiro.

—Pero tu madre es una anciana —dijo Rebeca.

Laura soltó una carcajada. Ramiro me miró de soslayo. El músico, ellas y el cantinero me dieron pena. También sentí pena por mí. Intenté bajar del asiento, salir.

—¿Adónde vas? Apenas comenzamos. No te asustes, sólo bromeamos, somos buenos amigos —me explicó Laura.

Era cierto, percibí un cierto tipo de camaradería, pero de repente me sentí triste.

—Mañana trabajas Laura —dijo Rebeca.

—Lo sé. Mañana es mi primer día de trabajo, seré empleada de mostrador —me explicó Laura.

—Deberías descansar —dijo Ramiro.

—Tal vez tú podrías hacer algo por mí —me dijo Laura.

—Se ve que le gustas —dijo el cantinero—. Te lo dije desde hace rato.

Él me miró las piernas. No supe qué hacer y las crucé.

—No le hagas caso, no te haré nada. Somos inofensivas, pero si buscas diversión, yo sé en donde encontrarla —explicó Laura.

—Bien, me tengo que ir —dijo Luis—, ya les dije que ella me espera. No puedo dejarla así.

—Se irá pronto. Necesita dinero, por eso te ha buscado —le dijo Laura.

—No es verdad. Ella me quiere. ¿Tú me querías? —me preguntó el cantinero.

¿Se había dado cuenta de algo? Ellas también se volvieron hacia mí. No supe qué hacer y me sonrojé. Laura rió. ¿Estaba nerviosa o se burlaba de mí? Es claro que no estaba borracho porque sólo bebía agua. Tal vez intuyó mi forma de ser. Siempre imaginé que la gente podía leer mis pensamientos.

—¿Vienes? —preguntó Laura.

Algo de esa mujer me atrajo, pero no entendí qué era.

—No hagas caso —dijo Rebeca.

Ella colocó de nuevo la mano sobre mi pierna. Se la retiré. Tal vez comprendió que era insignificante e intentaba llamar la atención.

—Mañana es el cumpleaños de mi mamá —exclamó Ramiro—, la despertaré con flores y un pastel.

—¿Dónde crees que vas a encontrar un pastel a esta hora? —dijo Laura.

—No sé, pero a ella le gustan esos pasteles de varios pisos y mucho merengue.

—¿Tienes miedo de lo que diga tu mami? —preguntó Laura.

—No —contestó él rápidamente—. Debí llevarle un pastel de cumpleaños, pero es tarde.

—Será mejor que te vayas, ya no son horas para ti, Ramiro —dijo el cantinero.

ÍNDICE

HOTEL ALCOCER.....	9
HOTEL CONTINENTAL.....	17
HOTEL SHERATON.....	25
HOTEL LA TERRAZA.....	33
HOTEL ALICANTE.....	41
HOTEL CADILLAC.....	47
HOTEL ASTURIAS.....	55
HOTEL MOSCÚ.....	61
HOTEL MILÁN.....	67
HOTEL NUEVE.....	71
HOTEL AZUL.....	79

«DE PASO»

DE TAYDE BAUTISTA

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN NOVIEMBRE DE 2010 EN LOS
TALLERES DE CORPORACIÓN INDUSTRIAL GRÁFICA S.A. DE
C.V. FERNANDO SOLER No.50, FRACC. MARÍA CANDELARIA,
HUITZILAC, MORELOS, C.P. 62510 MÉXICO

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES